

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero, 1-50. " " "
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2^a

NUM. 18.

San José, 10 de Enero de 1891.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

NIEBLA.

*Cogiendo flores en la campiña
Más vaporosa que el aura leve
Aquella dulce, risueña niña,
Vió una mañana
Dos nubecitas color de nieve
Que se tiñeron color de grana.*

*"Quiero ser nube—dijo la niña—
Más vaporosa que el aura leve"
Y con las flores de la campiña,
Cintas y galas,
Y con sus velos color de nieve
La dulce niña formó sus alas.*

*Cuando en los huertos de la campiña
Y al viento leve de la mañana,
La pobre madre buscó á su niña,
Ay! . . . ! en su anhelo
Vió que entre nubes color de grana
La dulce niña volaba al cielo.*

JOSÉ RAMÓN YEPES.

SUMARIO.

NIEBLA, por Ramón Yepes.—GRECIA Y ROMA, por Acacio Cáceres Prat.—LA HECHICERA, por Francisco Gavidia.—LA TUMBA DE LA DAMA DE LAS CAMELIAS, por Domingo Figarola y Caneda.—LA MUSA COLOMBIANA, por A. Olivo Pino.—MI CAMPAMENTO, por Anastasio Alfaro.—SOBRE LA TUMBA DE ALFONSO KARR, por Justo de Lara.—LA FLOR QUE TIEMBLA, por Catulle Mendés.—DOS RELOJES, por José Camallonga.—EN UN ALBUM, por Ricardo del Monte.—LA ENCINA Y LA CAÑA, por Aurelia Castillo de González.

GRECIA Y ROMA.

(PARA "COSTA RICA ILUSTRADA.")

I.

GRECIA! . . . ; ROMA! . . . Hé ahí dos palabras proverbiales, dos conceptos heroicos, dos ideas sublimes y dos voces sonoras de universal y eterna resonancia, que llenan por completo y á través de los siglos, el tiempo y el espacio del universo mundo!

El Oriente puede simbolizar en la antigüedad la infancia de las primitivas sociedades de la tierra, con su *India* fanática y científica, con su *Egipto* idealista, simbólico y artístico, con su *Caldea* observadora, astronómica y sabia, estudiando en la contemplación de los planetas múltiples que pueblan con sus áureas esferas el dilatado espacio, las mil aplicaciones de sus sacras ideas, en su politeísta religión, en sus paganas ciencias y en sus artes gentílicas, con cuyos elementos dominaban las cálidas regiones orientales, á excepción de aquel pueblo semítico, raro y providencial; del *Pueblo Hebreo*, esclavo siempre y siempre perseguido y proscrito y errante, que sumó diversas ideas de los sueños celestes é ideálicos, condensando de la unión completa de los símbolos, la suprema unidad de invisible Dios, eterno y único: omnipotente juez presentado en el Sinaí por Moisés entre rayos y truenos; padre amoroso y dulce, ofrecido al hombre por Jesús, igual en la *Montaña* que en el *Gólgota*, entre crueles tormentos y amarguras.

Grecia, pues, debe simbolizar la juventud lozana de las pasadas sociedades, así como Roma simboliza la edad adulta, más viril, más potente y madura de la vida progresiva y turbulenta de la humanidad sobre la tierra. ¡*Grecia* es la idea; *Roma* es la fuerza! *Grecia* domina al mundo por la religión ideal de los sentidos, lo vence por sus leyes, y llega á avasallar por sus artes; *Roma* domina al mundo por la guerra, lo vence por su poder conquistador, y llega á avasallar por sus armas.

En *Grecia*, Homero sueña, poblanó montes y animando selvas por gentílicos dioses; deidades á las que Fidas da la forma plástica, esculpidas en mármoles; y *Roma* al conquistar sus tierras, la conquista su *Olimpo*, su *Helicón*, su *Pindo* y su *Parnaso*; y los dioses de *Grecia* son los dioses de *Roma* y los del mundo antiguo, impuestos por las artes y las armas; y más que por la fuerza de la idea, triunfantes por la idea de la fuerza.

Los sabios griegos dictan sus leyes inmortales, que los bravos romanos transmiten á sus tablas, y la ciencia del severo Areópago, vigoriza el poder del *Capitolio*.

La antigua *Grecia*, pues, es la madre moral, la sabia preceptora, la institutriz insigne (como ahora se diría), de la opulenta *Roma*; su religión, sus dioses, sus leyes y sus artes, son griegos, como después romanos, y universales luégo, á través de los siglos, impulsando la marcha del progreso.

II.

Mas, *Roma* fué después la señora del mundo antiguo, sus armas vencedoras triunfaron en todas las regiones de Oriente y Occidente de la Tierra, y el poder de sus Césares dominó al Universo. Las águilas romanas tendían sus alas en las auras de cualquier territorio conocido, y á la par de sus armas heroicas llevadas por sus victoriosas legiones, también las estevas del rústico labriego, el cincel del artista y la piqueta del esclavo romano, cultivaba las tierras, decoraba sus templos y palacios y alzaba arcos de triunfo y acueductos, circos y anfiteatros, dedicados al culto de los dioses, á mansión imperial de sus pretores y legados, á ornato de sus pueblos, y á recreo de los ciudadanos, patricios ó plebeyos, sometidos al poder de su imperio.

En nuestra antigua *España*, en la *España romana*, una de las provincias más queridas de *Roma* por lo feraz, saludable y amena, y que logró darle cuatro de sus más grandes emperadores, dejó á los siglos la señora del orbe, obras monumentales de su genio y poder, de su arte y opulencia.

Las sólidas murallas de la opulenta *Hispalis*, (Sevilla), de la célebre *Tarraco*, (Tarragona), de la severa *Astúrica*, (Astorga), de la valiente *Legio*, (León); los muros guarnecidos, los puentes, los pórticos y el circo de la antigua *Toletum*, (Toledo), el soberbio acueducto de Segovia, el gran anfiteatro de *Itálica famosa*, y sus ricos mosaicos; los profusos monumentos en ruinas de la heroica *Emérita Augusta* (Mérida); su roto anfiteatro, su agotada *Naumaquea*, los artísticos restos del gran templo de *Marte*, la enhiesta columnata del de *Diana*, su alto *Arco de Trajano*, el César español más importante y célebre de *Roma*; los reforzados muros del viejo *Conventual*, palacio del Pretor y después de los godos y Alcázar de los árabes y Convento más tarde de una Orden insigne; los destrozados arcos de altos y dilatados acueductos, y hacinados escombros de sepulcros, de lápidas y estatuas que atestiguan la grandeza heroica y la opulencia de la ciudad de Augusto, la antigua capital de Lusitania. Aun se admira el cercano *Lago* contenido por formidable muro, consagrado á *Proserpina*; la alta Torre de *Illipea* (Zalamanca), del tiempo de Trajano, el gran arco de *Cáparra*, el campamento atrincherado que conserva en su término la histórica *Castra-Cecilia*, (Cáceres), el puente monumental de la *Norba-Cesárea*, (Alcántara), de Trajano también; la *Aerópolis* del delicioso *Bérgidum* (en el *Vierzo*); la *Torre Augusta*, en el templo Baleario y

los de *Ceres*, *Jano* y *Jove* de la marina *Gigia*, (Gijón), que aun acusan sus próximas aldeas; con sus *aras Sextainas*, que marcaban en el tiempo de Augusto, los dilatados límites del Imperio romano en el Cantábrico, al término del mundo entonces conocido.

Roma, pues, es la madre de *España*; ella unió bajo las alas del águila imperial todas las primitivas razas de la antigua *Iberia*; en *España* conquistó Julio César, triunfando de Pompeyo, el imperio del mundo, y en *España* venció Augusto los últimos pueblos aun rebeldes á su dominación; los astures y cántabros, y en el monumental *Monte Meddlix*, fué su triunfo postrero para cerrar el templo de *Jano*, dando en el apogeo de su triunfo la gloria á *Roma* y la paz al mundo!

III.

¡El momento es solemne! *Roma* domina en paz al mundo antiguo; mas, aquella unidad material y política impuesta por la fuerza, parecía aguardar la unidad moral y religiosa, impuesta por la idea. Tras la unidad del poder vencedor que unía á los pueblos, había de venir la unidad del amor fraternal que unía á los hombres.

Un hombre extraordinario, providencial y heroico, que se llamó el *Mesías*, y era el hijo de Dios, había predicado en *Palestina*, apartada provincia del Imperio, una nueva doctrina de amor y caridad, que redimía al mundo, y al morir aquel hombre en el suplicio infame del Calvario, sellaba con su sangre su doctrina; y el Evangelio fué.

Unos hombres de Oriente, galileos los más, desde *Jerusalém* de la *Judea* llegaron hasta *Roma* con las nuevas ideas de *Jesús*, y la *Roma* pagana, heredera de *Grecia* y señora del mundo, se erigió en tribunal y en potro de tormento de los nuevos cristianos, inaugurando así la numerosa pléyade de mártires.

Los circos y la hoguera alimentan sus fieras y sus llamas, con carne de cristianos, víctimas inmoladas en aras de aquel Dios que, siendo hombre, quiso ser hombre por volverse Dios.

A las antiguas guerras por la fuerza, sucedieron los atroces tormentos por la idea.

Las tristes *Catacumbas* fueron albergue de los héroes cristianos; y al poder soberano de los Césares sucedía el supremo poder de los Pontífices. Constantino imperaba; aquella idea en flor, regada por la sangre de los mártires, daba su fruto, y el fruto, sazonado al calor de la hoguera, maduraba al fin, bajo el cetro imperial de Constantino!

IV.

Roma, la hija de la *loba*, poblada por bandidos, honrada por sus Reyes, regida por Triunvirus, ensanchada por sus bravas legiones y engrandecida por sus heroicos Césares; la heredera de *Grecia*, la ciudad del Tíber, la señora del pagano mundo, era entonces la metrópoli sacra del mundo cristiano; y la augusta matrona, manteniendo perenne la triunfante idea de su inmortalidad, como la luz vestal, impuso al orbe su dominio moral con más imperio.

El Pontífice sumo de *Israel* cubrió sus hombros con la brillante púrpura del César, una mitra Oriental guarnecida de tres áureas coronas, simbolizando en la tiara católica los tres altos poderes de la Iglesia, ciñó las sienas de los Papas, y la Cruz redentora del *Calvario*, vuelta desde *Bizancio*, se alzó en Roma, extendiendo sus brazos amorosos sobre las alas del águila imperial del *Capitolio*!

Roma entonces conquistó al Oriente el mundo de la idea más pura y más eterna: *la unidad de su Dios*.

Los espléndidos discos de los astros, adorados en Oriente, se fundieron en uno, condensando la idea simbólica y moral de un Dios Espíritu que se hizo Hombre, en la plástica forma de la *Hestia* eucarística; y en las sacras especies de ácimo pan y vino, alimento natural, común y cotidiano del hombre en todas las edades y regiones, sirvieron de holocausto en sacrificio, (aboliendo las víctimas de sangre), á aquel Dios inmolado en aras de sí mismo por amor á los hombres!

Roma, la *Ciudad Eterna*, llegó entonces á la edad venerable en que la humanidad hastiada de placeres y orgías, eleva á Dios su pensamiento y reza. A la vida sensual de la materia sucedió en la mística anciana, la vida religiosa del espíritu.

Sobre la ruina del *Capitolio*, se elevó el Vaticano. Mas, la ciudad de los héroes y de los mártires, la corte de los Césares y de los Papas, la capital del mundo, la Reina de la Historia, conservó siempre á pesar de la sencilla austeridad de la sublime religión de Jesús, hábitos de pagana, igual en las formas exteriores del culto, como en las fiestas de carácter profano y popular, con que se celebran los hechos más solemnes y graves del Cristianismo.

Sobre las aras de los paganos dioses, hundidos para el culto, se alzaron los altares de los santos, á pesar de la severidad lógica y austera de los Iconoclastas.

Las artes plásticas estimulan el culto sobre todo el vulgo, y las imágenes han sido siempre los símbolos de la adoración pública y ferviente de los pueblos.

V.

La antigua Roma es la ciudad metrópoli de todas las naciones y de todos los tiempos; su historia egregia es la historia del mundo.

Hoy la Roma cristiana y pontificia aparece ante el orbe dominando los siglos, como una vasta ruina de su pasada gloria, como una gran necrópolis de sus Césares, héroes y mártires; como imperecedero monumento de su historia eterna, como inmenso museo de las artes, donde compiten poderosamente con la gentilica estatuaría de la escultura griega, el genio latino y el cristiano pinel de Miguel Angel.

Sobre sus colosales monumentos, paganos ó católicos, parecen esculpidas con caracteres fúnebres, las enigmáticas palabras, el "*Mane, Tecel, Phares*"... del bíblico festín de Baltasar; y mejor que en Madrid parecen contemplarse sobre sus edificios y sus ruinas de todas las edades de la Historia, los epita-

fios lúgubres de *Figaro*, en "*El Día de Difuntos*."

Sobre la antigua ruina de su alto *Capitolio*, dice el Tiempo: "Aquí yace el poder universal del Imperio Romano!" Sobre los rotos muros circulares de su amplio *Coliseo*, dice la soledad: "¡Aquí yacen los placeres y el recreo de Roma!" Sobre los mármóleos sepulcros de su *Vía Appia*, dice la Historia: "¡Aquí yacen los Césares del mundo!" Sobre las funerarias *Catacumbas*, dice la muerte: "¡Aquí yacen los Mártires cristianos!" Hoy sobre el *Quirinal*, dice el presente siglo: "¡Aquí yace el poder temporal de los Pontífices!"... Y en todo aquel agrupado conjunto de colosales ruinas y heroicos monumentos, que son petrificadas páginas de todos los períodos de su gloriosa historia, parece resonar melancólicamente la eterna voz de la alta Providencia, que dice al mundo: "¡Aquí yace Roma!"

ACACIO CÁCERES PRAT.

La Hechicera.

(Conclusión).

VI.

—Ay! que se roban mi niña,
grita saliendo la vieja,
yo iré detrás del mancebo
porque mi bien me devuelva;
y corre á todo correr
la que diz que es hechicera.

VII.

—Muy lejos está tu reino....
—Pero al fin, niña, se llega
—Hay muchas flores y aves?
—Muchos diamantes y perlas.
—Y muchas niñas hermosas?
—De que tu serás la reina.
—Y habrá quien me sirva?
—Muchos
—Muchos habrá!.....
—Y que te quieran
—Ah!
—Y te ensalzen en tu trono
y veneren tu diadema.
—Tendré, pues, diadema y trono!
—Y mi alma de humilde sierva,
—Mucho me ama el caballero!
—Porque la niña es muy bella!
—Tan galante y tan cumplido!
—Tan donosa y tan discreta!

Y con los ferrados callos
echa atrás la dura tierra
y hace que chisporroteen
chocando rudas las piedras,
soplando, el corcel fogoso
con las narices abiertas,
que brinca de rambla en rambla
burla la erizada breña,
y hiende los matorrales
con la encorvada cabeza,
salva tajos y hondonadas
y atrás los recodos deja.

Trap!...trap!...trap!...Rápidos pasan
los árboles en hilera
y atrás van dejando montes,
bajando y subiendo cuevas;
y del sabroso coloquio
que los amantes se llevan
apenas el eco flébil
las suaves voces remeda....

—Mucho me ama el caballero....
—Porque la niña es muy bella....

VIII.

Y tras ellos sigue rápida
en incansable carrera,
rumiando horribles conjuros
y maldiciendo la vieja....
y según refiere el vulgo
que tal historia conserva,
un *huacal* con una esponja
y un jabón envueltos lleva
en un extremo del manto
la fantástica hechicera.
Por fin pára; y juramentos
y maldiciones renueva
que el viento repite lúgubre
y que devuelve la sierra;
tras su cabeza se escucha
un batir de alas siniestras,
que sus cabellos de furia
con ruido fatal avientan,
y que dejan en el aire
diáfana fosforescencia.
Levanta en alto una mano,
el *huacal* tira frenética,
que va girando en los aires
y hendiendo el aura ligera,
hasta que al caer se adelanta
en la escabrosa vereda
al paso del corcel rápido.
del jinete y la doncella.
Tiéndese entonces un lago
que chispeando se dispersa
y que se deshace en olas
que en los peñascos se quiebran,
y van, y vienen y braman,
y chocan y espumajean.
Y el caballo se encabrita
y se resiste á la espuela,
que no divisa ni lejos
la brumosa orilla opuesta;
y se aferra temerosa
al jinete la doncella.

Pero es valiente el amante
y el peligro no le arredra,
y habrá de probar la suerte
por lograr su niña bella.
Embiste el corcel las aguas,
opone el pecho su fuerza
al empuje poderoso
de las oleadas revueltas,
se hunden sus anchos hijares
y sus robustas caderas,
y el casco haciendo de remo
con la oleada se revuelca,
lucha, sube, vuelve, baja,
esquiva el golpe, vadea,
y se agita y se retuerce
y entre la espuma se orienta
y por fin desaparece
bajo oleada gigantesca....

La luna que el limpio disco,
tenía undido en tinieblas,
rasgó la empañosa bruma
y su lumbré macilenta
pudo ver del turbio lago
salir á la orilla opuesta
un corcel de agua empapado
que airoso caracolea
y en el que diestros se afirman
un galán y una doncella.

X.

Ya es de madrugada: avivan
su tibia luz las estrellas
como regias moribundas
que antes de espirar alientan
el ánimo; y tras los montes
unas después de otras ruedan.

Las brisas desde los bosques
vienen meciendo palmeras
á orear las hojas húmedas
cuajadas de claras perlas
que al soplo del suave alicio
estremeciéndose ruedan!
En las copas de los árboles
se escuchan rendidas quejas
y en la umbría arpas eólias
dan sonatas tremulentas.
Trap! trap! trap! Entre las guijas
el ancho casco resuena
del corcel que bebe el viento
y que la distancia amengua.
Así habla el doncel apuesto
á la niña de áureas trenzas:
—Ancho era el lago espumoso
y las corrientes revueltas;
pero qué no vencería
por tu amor, niña....

—De veras?.....

—Tiró la esponja encantada
la maldiciente hechicera
y se nos trocó el camino
en espinosa maleza;
el caballo resistía,
le agujaban las espuelas;
las guías le maniataban,
las rasgaba él con fiereza;
le acosaban los bejucos,
le punzaban las saetas,
saltaba sobre las unas,
las otras le daban fuerza,
que el dolor si mucho ataca
de ardides y mañas nuevas;
y vencí el segundo ensalmo
solo por tu amor.....

—De veras!.....

—Tiró el jabón á mi paso
la muy enconada abuela
y se alzó bruñido monte
que hería la azul esfera.
Resbaladiza pendiente
á un lado y á otro se apresta,
formando faldas blanquísimas
en que la lumbre se estrella,
á oponerse del corcel
á la impetuosa carrera;
mas clavó el ferrado callo,
estimulóle la espuela,
trepó á la cumbre del monte
como disparada saeta,
y burlé el tercer encanto
por sólo tu amor.....

—De veras.....

—Pronto llegará la niña
á mis apartadas tierras
donde de flores y damas
por hermosa será reina.
¿Me ama la cándida niña?
La niña no le contesta.
Hacia la niña el mancebo
vuelve entonces la cabeza,
quiere estrecharla en sus brazos
y besarla.... y no la encuentra,
que sólo queda en sus brazos
un cano girón de niebla....
Entonces entre los árboles
una carcajada suena
y rabiando el doncel grita:

—La hechicera.....!

Del sol el límpido rayo
la azul región atraviesa
y tras él las golondrinas
se van en ronda parlera.

F. GAVIDIA.

LA TUMBA DE LA DAMA DE LAS CAMELIAS.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO).

Al Conde Kostia.

No había visitado varias veces el cementerio de *Montmartre*, situado en el extenso *boulevard Clichy*, retirándome siempre con una nueva impresión producida por el hallazgo del mausoleo de alguna celebridad francesa, de las que me han inspirado devoción ferviente. Samsom, el astro ángel de la *Comédie Française*, que contó con la rara coincidencia de nacer el 93, con el imperio de la guillotina, y morir el 71, con el estruendo y el desbordamiento de la *Comune*; Beschereille, el autor benemérito del *Dictionnaire National*; Cavaignac, el diputado de la Convención y el desterrado de Bruselas; Jacob, el famoso bibliófilo y oficial de la *Legion d'Honneur*; Mery, el sentimental inolvidable; Chaudey, el mártir republicano, redactor de *Le Siècle*, fusilado por los comunistas..... y cuántas y cuántas celebridades más me hicieron detener ante los mármoles y broncees que guardan sus restos, ó descansar sentado sobre sus mismas tumbas, sumiéndome en el mundo de mis pensamientos y evocando sus días de triunfos y de esplendores!

Sin embargo, cada vez que visitaba el cementerio de *Montmartre*, salía de allí sabiendo que dejaba mucho por ver, y particularmente el sepulcro de Margarita Gautier, esa creación, arte de filosofía, destinada á no desaparecer nunca ni olvidarse jamás. Poco tiempo hacía que en *Variétés* había visto á Sarah Bernharth y á Damala conseguir un triunfo singular en *La Dama de las Camelias*, y este suceso avivaba mucho más el deseo de llegar hasta ver el sitio de la tierra en que duerme la protagonista—el alma toda—del drama inmortal de Alejandro Dumas.

El 18 de Noviembre pasado emprendí la jornada, dispuesto á no detenerme ante ninguna otra tumba de *Montmartre*, hasta no hallar aquella que buscaba. Eran las tres y media de una tarde triste y fría, sin un débil rayo de ese pálido y moribundo sol que á grandes intervalos habíamos visto en días anteriores. La tarde caía, pues, envuelta entre la niebla y la frialdad propia de la estación. Una hora después sería noche completa, darían la señal para cerrar el cementerio, y mi excursión podría quedar sin resultado. Así fué que apresurando la marcha, pasé bajo el puente que une el camino que hay sobre aquella necrópolis—la más antigua de París—y comencé mi tarea de buscar el sepulcro deseado.

Ni la estación, ni la hora, ni el lugar eran indudablemente los más adecuados para una excursión como aquella; mas estas circunstancias, respetables y respetadas por los parisienses, que á esa hora misma estarían gozando del atrayente *confort* de los grandes cafés, ó contemplando tras los cristales de

sus fiacres los deshojados árboles de la *Avenue des Champs-Élysées*, no podían ser aceptadas por mi condición independiente ni por mi cualidad de extranjero, á quien es natural que solo guíe su afán de verlo y estudiarlo todo. Por eso fueron muy contados los visitantes que se cruzaron conmigo entre los mausoleos de *Montmartre*, y de ellos, una joven recuerdo—ricamente linda y pobremente vestida—que dominada por desesperante congoja, retirábase exclamando:

—De mi familia, soy la que vive y soy la que sufre!

Pero en cambio, veíanse aquí y allá grupos de estatuarios, marmolistas, jardineros y guardianes, consagrados á sus respectivas faenas, que no concluyen jamás, pues con sólo saber que en monumentos gasta París dos ó tres millones de francos ai año, podrá suponerse cuánto de surtuosidad atesoran aquellos lugares que como *Père-Lachaise*, *Montmartre* y *Montparnasse*, más que cementerios, son ciudades donde el arte y la fantasía se manifiestan multiplicados hasta lo concebible, en el mármol, en el bronce, en el granito, en la cantería, en el hierro, en el barro, en la tierra cocida y hasta en la piedra más común y menos duradera.

El estuatario me indicó el lugar donde dijo reposaba Margarita, pero el artista sufrió una equivocación que siempre le agradeceré. Señalando con su cincel me había dicho:

—Allá, entre aquellos dos árboles, se halla la tumba que usted busca, señor.

Y al llegar *allá*, confieso que hubiera abrazado al confundido guía. Delante de mí contemplé un mausoleo como igual no vió otro en parte alguna. Sobre *bloc* de mármol, de extremada blancura, descansa la diosa —¿de qué?—de tantas inmortalidades reunidas!—sosteniendo entre sus brazos un camafeo en medallón de un original y amado semblante que nunca olvidará quien una vez lo vió, y sin más epitafio que estas tres líneas.

A

THÉOPHILE GAUTIER.

SES AMIS.

La confusión era al mismo tiempo una coincidencia. *Gautier*, Margarita y *Gautier*, Teófilo: ella inmortalizada por Dumas, él inmortalizado por su genio mismo, y ambos legando al mundo del sentimiento dos nombres inolvidables para las almas que saben soñar, impecederos para los corazones que saben sentir. En aquellos instantes—sin defensa contra mi promesa de no detenerme en parte alguna que no fuese la tumba de Margarita,—yo pensé en los adoradores de Teófilo que había dejado en mi patria, y pensé que me rodeaban, no aquellos árboles tristes ni aquella tarde afligida, ni aquella quietud interrumpible.....sino Cortina recitando con su simpática voz argentina los versos de *Gautier*, los hermanos Sellén dominados por la más sagrada conciencia del arte, yendo á intepretar al estilista-ejemplo en las mismas fuentes originales, y á Valdivia abillantando el esmalte de sus medallones con la exuberante fantasía del poeta extraordinario.

Seguí la nueva ruta que me indicaron, pero estaba escrito que nuevas emociones había de experimentar mi alma antes de aquella que ansiosamente buscaba. Dos tumbas de hermosísimo mármol blanco, la una junto a la otra y formadas por dos grandes y gruesas lápidas, como las que cubren las bóvedas de nuestro cementerio de Colón, hubieran pasado inadvertidas para otro visitante menos curioso y menos interesado que yo. Estaban cubiertas de hojas secas, las últimas vestiduras que el implacable Octubre había arrancado a los árboles, para arrojarlas allí, como interponiendo el silencio del olvido y del abandono entre aquellos epitafios y el recuerdo de las dos glorias francesas que bajo ellas duermen. Un pequeño enverjado las circundaba y en todo se veía claramente que de largo tiempo no eran visitadas. Con mi pañuelo fui llevando hacia los lados aquella naturaleza muerta, hasta ver surgir de la lápida que guardaba el sepulcro de la izquierda, una gran cruz esculpida sobre el mismo mármol, como para satisfacer cumplidamente una voluntad expresada en un testamento:

ON METTRA SUR MA TOMBE
UNE CROIX POUR SEUL ORNEMENT.
8 AOUT 1844.

DELPHINE GAY DE GIRARDIN (ÉMILE)
MORTE LE 29 JUIN 1855.

El sepulcro de la derecha contenía esta inscripción:

LA MORT LES AVAIT SEPARÉS,
LA MORT LES A REUNIS.
ÉMILE GIRARDIN.
NE LE 22 JUIN 1806.
MORT LE 27 AVRIL 1881.

Delfina Gay y Emilio Girardin! Aquellas dos hermosas figuras salientes en el numeroso grupo de las ilustraciones de la época, ella compartiendo con Mme. Orfila y la Condesa de Merlin la esplendorosa fama de los primeros salones artísticos de París, y él constituido en una respetable potencia en todos los asuntos públicos, leído por todos y por todos consultado diariamente; aquellas dos celebridades, aquella aplaudida autora de *Cleopatre* y aquel famoso director de *La Presse*, yacían olvidados no sólo de los vivientes que habían concurrido a sus brillantes noches artísticas, sino de todo París, que el día de difuntos de aquel año había pasado por delante de aquellas sepulturas, sin consagrar siquiera una mirada de recuerdo agradecido a esas dos figuras que siempre habrán de ser orgullo de la Francia moderna. ¡Sarcástica realidad de las flaquezas humanas, que a cada momento llega hasta presentarnos ultrajada y rodando por el suelo la sublime religión de los recuerdos, como para evidenciar-nos así lo veleidoso del juicio de la Posteridad!.....

Nuevamente me fué preciso preguntar por aquello mismo que ansiaba encontrar. Un guardián de Montmartre, hombre ya viejo, de mirada penetrante y en cuyo rostro pintóse al momento la convicción del objeto de nuestras investigaciones, sonrió con me-

lancolía, y separando la pipa que llevaba en la boca, nos respondió:

—Bien conozco la tumba de la Dama de las Camelias, de Margarita Gautier, ó de Alfonsina, para mayor verdad, señor; he dado más veces la dirección que el doble de años de edad pudiera Vd. contar. La última ocasión fué á dos amantes desesperados. Depositaron una corona, y escribieron sus nombres sobre la tumba, y al día siguiente leí en *Le Petit Journal*, que abrazados se habían suicidado arrojándose al Sena desde el puente del Solferino. Era una hermosa pareja que parecía muy feliz. Allí, junto á la tapia que U. ve, á la derecha de aquel sepulcro, está el de Margarita.

Y era allí en efecto; allí se guardan los restos de Margarita, separados apenas por una vara de distancia del muro que por aquel lado defiende el cementerio. La tumba de piedra ya oscurecida por la humedad, tiene dos metros de altura, lápidas de mármol blanco á los lados y el todo coronado por una urna cineraria. Las iniciales A. P.—entrelazadas—es lo único grabado en el mármol—más puequeño que los otros—que hay al frente; pero en el de la derecha leí este sencillo epitafio:

ICI REPOSE
ALPHONSINE PLESSIS,
NÉ LE 15 JANVIER 1824
DÉCÉDÉE LE 3 FEVRIER 1847.
DE PROFUNDIS.

Un ramo de ya marchitas flores y siete pequeñas coronas, de ellas solamente dos nuevas y todas de las más baratas, formaban el homenaje de los que aman, consagrado á una mujer que amó con toda el alma hasta purificarse con el más sublime de los sentimientos encarnándose en la creación de un idilio admirable.

Aquella tumba por demás sencilla, aquella tumba que tantas veces ha sido y es el punto final de las excursiones de franceses y de extranjeros, levantábase ante mí, triste, solitaria, fría, envuelta ya entre la compacta bruma de la noche, que con su monótono sudario infundía un silencio todavía más grave y profundo.

Sin embargo, de aquella histórica tumba me parecía oír estas palabras de Margarita, en sus últimos momentos de asfixia y de pasión:

—Tôt ou tard, la créature humaine doit mourir de ce qui l'a fait vivre. J'ai vécu de l'amour, j'en meurs.

DOMINGO FIGAROLA Y CANEDA.

LA MUSA COLOMBIANA.

poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

CANTO 1º

En la región marítima, allá lejos, en las fértiles islas que la costa recaman del Atlántico, se yergue el cocotero de cimbrantes ramas, sosteniendo el collar verde y pajizo de arracimadas nueces que le adorna.

Mirad en la espesura de la selva al inexperto cosechero hiriendo hasta matarlo, el árbol de que fluye la elástica resina que transforma en mil primores delicado el arte

Al rayo estivo, en las marinas charcas sube el vapor alado, abandonando entre el limo la sal que el gusto adula en el bocado de incorrupta vianda; en pétrea concreción su amargo jugo, en los montes de gema cristaliza; y emulando las fuerzas naturales, también la obtiene artificial proceso del acre humor de las salinas fuentes.

¿Cómo decir cuánto los ojos miran en el ámbito inmenso que demora entre dos mares, gigantesco río, vasta llanura y sierras empinadas? Con ardorosos ósculos caldea á los llanos la atmósfera; circunda la altiplanicie con caricias suaves; y con aliento desmayado, apenas llega á rozar las cumbres ateridas. ¡Oh variedad pasmosa que confunde las producciones que en el globo crecen en sucesivos climas ordenados!

El anón y el guanábano sustentan al toche y al turpial con los relieves que deja el hombre en sus paridas ramas; el opulento mango cubre el suelo con los sobrantes de su carga; el higo, el guayabo, el durazno y el mamey su pulpa dan al trasparente almíbar, y al cuajado panal de dulce azúcar que en lecho de cristal ó porcelana sibirítica gula paladea; el limonero y el naranjo hincen de humor acerbo sus rotundos globos; el nispero y zapote vanamente quieren celar en áspera corteza el codiciado bien de su dulzura; y el aguacate en cáscaras oblongas guarda tesoro de nutriz sustancia, grato á la vista, al paladar sabroso.

Pródiga cubre el bosque solitario con su marfil la endurecida tagua. Cuidadosos afanes en la vega celan la planta cuyo fuerte aroma, desprendido en humeantes espirales, la perezosa dejadez absorbe: ¿qué su sutil veneno, si en deliquio de lasitud morosa nos reclina? Si en la vigilia ingrata desfallece el humano vigor ó velo opaco la lucidez del pensamiento empaña, renovará solícito sus bríos vivificante el jugo que se nutre en el grano feraz por quien Colombia no envidia las riquezas de la Arabia.

Vengan los dioses de la antigua Grecia á celebrar rientes sus festines, bajo el follaje pródigo que ampara al delicado arbusto del cacao: el grato sorbo en que la parda almendra su sabor atesora y su perfume, reemplazará á la olímpica ambrosía.

Las fibras de jiraca entretrejidas en corvas alas y eminente copa, ponen la frente y la cabeza á salvo de la enervante acción de la intemperie. Del pantano los mimbres tembladores, en la tendida estera, nos invitan á relajar los miembros fatigados, ó gallardos se encorvan en la urna que de la aguja la labor encierra.

El globo de la papa se deshace, cual la yema del huevo, en el bocado. Desde región remota llegó el trigo á hospedarse en la tierra colombiana: ella le surte de la blanca harina que fermentada levadura esponja y el horno cuece en su caldeado seno.

De los pantanos pútridos la fiebre, como furial espectro, se levanta, y de los miasmas en el aire esparce el soplo venenoso? No temamos su destructor influjo, que allí crece en árbol espontáneo, la corteza de virtud específica, que torna de la salud el bienestar al cuerpo.

¡A cuán diversa utilidad no adapta sus recios filamentos el maguay! en la sogá, la red y la mochila retorcidos se arrollan, ó defienden con sandalia rural la planta humana.

El ceibo, el cedro, el roble y el campano, el dividivi, el ébano y la mora, el brasil y el carreto, con sus troncos, sustentan el dosel que se interpone entre el cielo y la tierra, en la bravía demorada extensión del bosque virgen. El brazo de la industria su reposo viene allí á perturbar, y les conduce á artesonar los techos en que el hombre se guarece del sol y de las lluvias; ó van al astillero, de do parten á hender las aguas de la mar y el río. En el taller se pulen bajo el diente del cepillo y, la sierra, y se conforman en molduras rotundas en el torno. Su tinta ofrecen á la piel bruñida que en el mullido lecho nos halaga; se pliega dócilmente del pie humano á las graciosas curvas en la horma, ó nos soporta en el sillón que oprime del alazán los poderosos lomos.

Tendidos bajo el riel, la pesadumbre sustentan de la audaz locomotora, que cruza ya de la región andina los parajes recónditos, empresa de ciclópeos alientos, inconclusa, mas de gran porvenir: hay en el vaso muy poco vino aún; pero le colma aljofarada espuma hasta los bordes.

Sonrisas de esperanza, profecías del reinado de Dios en la sagrada Jerusalén que germinar miramos.

No derramada en opulencia indócil grandeza tanta encubrirá por siempre con hosquedad salvaje sus tributos; no, que ya tiende á grata servidumbre la domada cerviz, herida apenas por el vigor del pueblo colombiano. ¡Victoria por la gente de mi Patria! ¡Vitor por ella, que valiente afronta de su destino excelso el cumplimiento! Siempre tendrá á su imperio sometida, pese á celos extraños!, esta tierra: montes, planicies, costas y llanuras, mañana como hoy, siempre á sus plantas á ofrendarle vendrán su vasallaje.

Escuchad el rumor con que se apresta al rudo afán; mirad cual se conmueve en la impaciencia; su mirada brilla; sus carnes se estremecen, circuladas por vitales corrientes. ¿Quién resiste tal poder? Adelante! Se congrega. ¿Qué animación! ¡A la labor: marchemos! Suenan su voz... ¿Qué escucho... Esos acentos! Insensato temor!... ¿Acaso estoy alucinado?... No. Detente, mira allí el abismo!... Nada: el hierro empuña, el hierro destructor: disparos, odio, palabras de venganza y exterminio: es la guerra civil; ¡ay!, es la guerra, sangre, miseria, y muerte y hambre y duelo y maldición de Dios. ¡Oh Patria mía, oh Patria de mi amor, mi dulce Patria!, tus brazos abre, estréchame en tu seno, y déjame llorar tu desventura. ¡Ay, qué dolor tan grande el que me oprime! ¿Quién sufre como yo? ¿Qué suerte adversa me hizo nacer en tí?... Perdón!: delito es pensarlo no más. Tal vez mañana... Mañana? ¿Quién espera? Desde luego preferible es morir en tanto estrago.

Morir!... y sin venganza... en el silencio... ¡Oh, la venganza, sí! saciar mis iras en esa turba estúpida, ludibrio del demagogo audaz ó del tirano, ceñir su cuello con dogal estrecho; herirla, magullarla, que le cuelguen desgarrados sus miembros en girones. Que grite, ¿y qué me importa?; ¡fuego y sangre! Infame! te retuerces: todavía yo quiero más aún: quiero que expíes; conspira, sé servil: que paso á paso sientas venir la muerte, y que yo sienta la fiera contorsión de tu agonía... ¿Quién te impide volver á la matanza? Muerte y desolación... pero la tuya!

Así... ¿Por qué me ves?... ¿Qué es lo que dices? Y agoniza y se muere... Horror! ¿Qué es esto? ¿Es mi obra? No, no; soy inocente: es tu obra: estoy limpio... Aparta, oh Musa!, aparta de mí vista tal escena! ¿Eso me prometiste? Yo creía ser digno de tu amor, y me engañaba.

Quiero gemir á solas; que el escarnio no se goce en mi llanto: allá en el éter hasta aquel pico solitario voy á estar conmigo mismo; allá, lo quiero, aunque el delirio insomne me posea, cual poseyó en el Chimborazo al Héroe.

Aquí gimamos... Soledad, silencio: el mundo está á mis plantas; sus rumores no llegan hasta mí, ni me conturban. La Patria, no, la Humanidad, el Hombre progresa con dolor: esa es la ley. Yo he sentido su yugo y me he inclinado pora rehacerme con desdén. A veces han pasado á mi vista resplandores, y á su lumbre fugaz, he descubierto misterios tenebrosos de la vida: con sensación de vértigo, he sentido la irradiación del punto hacia la esfera, lo que la gota de agua, si conciencia tuviese de su sér cuando evapora: mi espíritu ha flotado en la penumbra, cual flotaba el de Dios sobre las aguas, en el arcano Génesis del mundo.

¿Quién soy yo, qué es el hombre?; ¿sus grandezas qué? Vanidad de vanidades, nada: sólo es grande el poder como *Principio*, la *Ley* eterna, el *Verbo* que confunde al Supremo Hacedor con sus criaturas. ¿Qué inefable expansión!: aquí se siente la suprema ansiedad de lo insondable; este horizonte vago es el reflejo del infinito espacio, donde mora la inmensidad de Dios.

Día de ira debió de ser aquel en que del fondo de la masa caótica se alzaron los ramales del Andes en tridente. Abiertas las entrañas de la tierra, la materia candente brotaría en borbotones, moles sobre moles acumulando; sacudidos luego por convulsión interna, los picachos desgajados cayeron; desgarrada la inmensa concreción, abrió camino al líquido metal, que rodaría en tormentosos tumbos hasta el llano. De los cielos después las cataratas se abrieron; y las aguas gravitando hacia el nivel, con furia golpearían en las rocas inmóviles, abriendo brecha á su curso irresistible y ciego. Noche caliginosa en que relumbran los vívidos relámpagos: rimbombos de clamorosos truenos retumbando: reptiles retorciéndose espantosos con furor impotente en la agonía: silbos, graznidos de ecos estridentes: aves queriendo volar en vano en el turbión: cuadrúpedos gigantes aullando presas del horror y el miedo: y acaso el hombre en estupor sumido, en medio del estrago, las alturas pretendiendo escalar, ó demandando con clamorosa voz misericordia

(Continuará).

MI CAMPAMENTO.

Señor Redactor de "Costa Rica Ilustrada."

La Frontera, 1º de Noviembre de 1890.

COMO miembro de la comisión de límites entre Nicaragua y Costa Rica, más de una vez he tenido la ten-

tación de separar una hoja de mi libro de notas para ocupar con ellos una página de la interesante revista que Ud. actualmente redacta; pero mis ocupaciones han sido tan complejas que hasta hoy me es imposible hacer foco sobre un asunto determinado. Fácil será comprender que después de varios meses de vivir en esta región tan lluviosa; mi ortografía se halle sumamente oxidada, por lo cual suplico que corrija estas mis notas antes de llevarlas á la imprenta, y así, lejos de degenerar en mi modo de escribir, apareceré mejorado con su estado gramatical y correcto.

La descripción de un simple campamento es por demás sencilla: un rancho de palma para la cocina y depósito de víveres, tres carpas de manta, barnizadas con cera y aceite, para los dormitorios; y una tienda de campaña que abriga los instrumentos: eso es todo. Pero si dirigimos la vista al rededor nuestro el aspecto varía: la sencillez se remplaza con una vegetación exuberante y lujoso, y la pobreza de mi campamento es neutralizada con mil encantos naturales. Dos arroyos de agua pura y cristalina constituyen las arterias de la loma en que está situada la vivienda; ambas vertientes nacen en la loma y van á confundirse con las aguas del Pacífico, la una echándose en brazos del río del "Naranjo" y la otra en los del "Conventillos." Cuando el sol comienza á dorar los horizontes, las fuentecillas parecen misteriosas; una multitud de pájaros se disputan el placer de ser cada uno el primero en saludar al nuevo día con sus cantos melodiosos, distinguiéndose en primera línea las notas melifluas y siempre seductoras del *pitorreal*, que es de plumaje modesto y habita en la oscuridad de los matorrales, tratando al parecer de ocultar así sus méritos de artista consumado. Estos habitantes alados de la seiva de seguro serían en absoluto felices, si de cuando en cuando algún gavilancillo no sacase con ellos la tripa de mal año.

Es difícil encontrar un escrito que trate de los bosques tropicales y no presente al lector dos ó tres tigres y leones de uñas afiladas, que desempeñan el papel de policías nocturnos, aunque con peores intenciones que las de los salteadores de caminos. Me habría gustado oír el rugido de una de estas fieras; pero ni siquiera sus huellas aparecen por los alrededores; hasta los reptiles venenosos, que tanto abundan en otras localidades semejantes, jamás se arrastran en presencia nuestra. En cambio, los venados, los jabalís y grandes bandadas de pavas, nos suministran cada día carne abundante y sabrosa. Los monos son tintos y tan monos, que sin otro entretenimiento, ellos serían capaces de distraer el mal humor con sus continuas pueretas y su malacrianza: la especie más pequeña no debiera llamarse cara blanca, por que no la tiene blanca sino amarillenta, y su tamaño es mucho más pequeño, que el de la que habita nuestra meseta central, los colorados siempre los mismos y los *congós* dan al viento sus voces est. identes desde la cima de los cerros. La malacrianza de los monitos pequeños se revela en la costumbre que tienen de arrojar ramas secas sobre los tran-

seantes, los colorados derraman su líquido asqueroso sin decir á los peones, agua va; y los congos dejan caer cierta sustancia que no huele á rosas sino á otras cosas.

Un entomólogo pasaría aquí la gran vida, por que abundan los insectos, con excepción de los mosquitos, bocones, jejenes y zancudos. La familia de las hormigas es tan numerosas que puede llegar hasta un centenar de especies; sin dificultad podría colectarse simultáneamente las que habitan la región seca y arenosa de las peculiares á las tierras húmedas del Sapoá. En todas direcciones se cruzan caminos espaciosos, por donde se cruzan arrieras, siempre cargadas con pedazos de hojas, que en la generalidad de los casos superan en tamaño y peso á la arriera misma. Grandes ejércitos de *guerradoras* atraviesan el desmonte, marchando constantemente en columna cerrada y devorando, como Atila y sus soldados, todo ser viviente que se presenta á su vista; mas en esa lucha constante de la vida por la vida, las hormigas pierden una buena parte, oficiales y jefes de cabeza blanca, pues hay dos tribus de pájaros tan golosos como vengadores de ofensas, que se las engullen por millares hasta saciar su apetito.

Las *balas*, esos gigantes de color negruzco y abdomen velludo, caminan siempre solos, su andar es espacioso, de cuando en cuando se detienen, y ¡ay del que les haga algún ultraje! porque desenvainan su aguijón venenoso y en un abrir y cerrar de ojos dejan al ofensor con un cuarto de narices; la gente les tiene tanto miedo que las parten donde quiera que una se presenta; por lo que á mí me toca, les permito que recorran tan tranquilamente los alrededores de mi cama, pues su carácter sumiso y nada provocativo ha captado mis simpatías y afianzado la buena idea que siempre he tenido de individuos cuyo único objeto consiste en no dejarse agraviar injustamente.

Si mencionáramos el tapir, coyote, gato melero, chulumuco, armadillo, tepezcutle, guatusa, oso hormiguero, pisote, martilla, los buhos y el rey de los zopilotes, tendríamos un rico y económico jardín zoológico, complementado con un museo de curiosidades indígenas, pues un arqueólogo que viniera á visitarnos, se vería en su elemento, recogiendo por todas partes pedazos de vasijas de barro, dibujadas con ese primor que los antiguos indígenas del Guanacaste, sabían imprimir á sus diversos utensilios.

Pasemos ahora al mirador y estoy seguro de que el menos impresionable se quedará sorprendido por la esplendidez de todo lo que se observa en contorno de un solo punto, colocado sobre la línea divisoria y que dista apenas cinco mil seiscientos metros de las playas del Pacífico. Al Norte se presenta el volcán de Omotepe, de forma cónica, con su base sumergida en las aguas dulces del Gran Lago; caminando hacia el Este se ve el cerro de Madera, la vertiente toda del Sapoá y una extensa superficie líquida á donde van á perderse las aguas de la cuenca. Al Sudeste se divisa la habitación del resguardo de la Cruz, la oficina telegráfica, la hacienda del Amo, la de las Animas, y sus potreros

de pasto natural, formando gracioso contraste con el escarpado volcán de Orosí, que constituye el resto de la decoración. Para concluir, recorramos del Sur al Occidente y encontraremos la bahía de Salinas, con todos sus detalles, y la ensenada que forma la bahía Elena, hasta la punta del Papagallo. Finalmente, imaginaos un ambiente puro y fresco, con una temperatura de veintidós grados centígrados y á lo lejos la inmensidad del Océano adornado con ese cúmulo de nubecillas tentadoras, cuyos cambiantes hacen cambiar millares de cuartillas de papel y así tendréis una pálida descripción de mi campamento actual.

A. ALFARO.

Sobre la tumba de Alfonso Karr.

Los latinos decían *mortuis nihil nisi bonum*. Los modernos franceses no practican tan respetuosa máxima.

Todavía están calientes los restos de uno de los escritores más populares que un tiempo han existido en Francia; todavía se ocupa la prensa en describir los últimos momentos de Alfonso Karr y la crítica francesa se levanta unánime para lanzar sobre la memoria del autor de "Les Guépes" calificativos que solo se comprenderían si fuesen dirigidos al más ignorante emborronador de cuartillas.

La *Justicia* publicó estas líneas al siguiente día de haber muerto el infortunado novelista.

El folleto (decía refiriéndose á "Les Guépes") desaparece tan rápidamente como los muertos de la balada, cuando no ha sido tallado en el mármol del estilo de Courier ó no flota sobre sus páginas la ironía alada de Enrique Heine. Por eso no se infiere una injuria á la sombra del autor de *Genoveva* haciendo constar que escribía lastimosamente. Como Federico Soulié, como Eugenio Sué, su estilo es detestable ó mejor dicho, no existe, porque le faltaba la facultad creadora que aquellos poseían, razón que ha hecho envejecer sus novelas.

El *Intransigente* dijo en la misma fecha:

El octogenario jardinero ha muerto ayer en San Rafael, pero hacía largo tiempo ya, que el autor de "Les Guépes" no existía.— Muchas personas al saber la noticia de su muerte, han reproducido sin saberlo la frase célebre de Dumas, padre. Le hablaban de un viejo artista ya olvidado y le dijeron:

—Ha muerto esta mañana.

—¿Cómo, otra vez? preguntó el autor de "Los tres Mosqueteros".

El *Voltaire* ha escrito:

La posteridad ha sido con él más clemente que con otros, con Frontan por ejemplo, que provocó una revolución con su artículo "El carnero rabioso" y que fué célebre durante un día..... Alfonso Karr no ha producido sino obras efímeras llamadas á desaparecer como las modas.

La *Estafeta* ha dicho:

Alfonso Karr será enterrado mañana ¿pero es que vivía aún? Desde hace mucho tiempo todo el mundo le creía muerto.

La *República Francesa*:

No quedará de él más que un nombre legendario, pero siempre es algo un nombre que sobrevive.

El *Tiempo*:

Alfonso Karr ha logrado que se hable de él porque se ha muerto: pero ya hace mucho tiempo que se le había enterrado. El asombro que ha producido la noticia, cuando nadie podía suponer que aún estaba vivo, prueba que en las letras hay que saber morir á tiempo.

Columnas enteras podían llenarse copiando otros juicios tan severos como los anteriores y que no han vacilado en firmar desde Jules Lemaitre, el crítico salido de la Escuela Normal, hasta Aureliano Scholl, el chispeante *chroniqueur* parisiense. Pero el hecho de que ni una sola voz se haya levantado en defensa de Alfonso Karr, el hecho de que los críticos de más autorizado gusto no se hayan detenido siquiera á esperar que enterraran su cadáver para decirle que fué un escritor ramplón, ridículo, inocente y que pasó los límites de la bobería más infantil, como ha escrito Anatole France, ¿prueban acaso que todos los franceses no hayan cometido una soberana injusticia?

Yo nunca he creído que Alfonso Karr fuera un escritor insignie. Bien sé que desde *Genoveva* hasta *Bajo los Tilos* sus novelas mejores pertenecen á una escuela que ya ha pasado. Bien sé que las mismas *Avispas*, que tanta popularidad le dieron, carecen hoy de intención y sarcasmos ante las agudezas de la sátira moderna. Pero de aquí á reconocer que careció de toda cualidad notable de escritor; de aquí á decir como tantos ahora han dicho, aludiendo á sus jardines, que lo único inmortal en él es el jardinero, va una inmensa distancia que no puedo franquear. Esa misma *Genoveva*, esas mismas *Avispas*, tienen un mérito superior que el de las circunstancias: son obras que nadie podrá borrar de la historia de la literatura francesa en el siglo XIX.

¿A qué obedece, pues, esta injusticia de la opinión en Francia? A mi juicio á dos causas solamente. La primera es el origen prusiano de Alfonso Karr; la segunda, el carácter de misántropo que demostré en sus últimos años. Las pasiones políticas suelen cegar á veces á los hombres más pensadores y el pueblo que antes de la terrible guerra de 1870, que ha dejado como sangriento rastro un odio de razas eterno, inextinguible, pudo aplaudir hasta el delirio á quien llevaba en su nombre el sello del pueblo odiado, después de esa guerra no ha podido hacerlo, ni lo hará nunca.

El mismo Karr hubo talvez de comprenderlo. Francia era su patria; por ella latía su corazón; pero nunca le fué posible negar la sangre germánica que corría por sus venas. ¿Sería ésta una de las causas del retiro en que vivió los últimos años de su vida? Lo cierto es que dedicado al cultivo de las flores, cuya venta le producía lo suficiente para sostenerse con comodidad y dejar entre los pobres un recuerdo inolvidable, se convirtió en un completo misántropo. Desde su solitaria casa de San Rafael, donde murió, solía enviar algunos pocos artículos al año á la prensa francesa; pero cortó toda comunicación con el mundo de la política y las letras dedicándose únicamente al trato de unos pocos amigos.

El mundo atribuye la misantropía á muchas causas, entre ellas al orgullo, á la indiferencia ó al desprecio de los hombres, todas las cuales se han dado en Francia para explicarse la conducta de Karr. Y el mundo por esas mismas razones está más dispuesto siempre á aplaudir las sandeces que diga un tonto en sociedad, que á perdonar á un misántropo por mucho genio que tenga.

JUSTO DE LARA.

LA FLOR QUE TIEMBLA.

Nada más precioso y encantador que aquella rosa en medio de la llanura helada.

Es la flor más pequeña de este diminuto rosal; son tan delicados sus pálidos colores, y está tan cubierta de escarcha, que todo el que la ve no acierta á explicarse cómo puede resistir á los fríos vientos del Norte. Sin embargo, á mí no me sorprende, porque estoy enterado del motivo.

En el pasado Abril, una hada con alas de mariposa, que atravesó el jardín, entonces lleno de verdura, había tocado con el dedo pulgar de su pie un solo punto de la tierra, y en él dejó la primavera eterna: la flor nacida en aquel sitio no se marchitará nunca.

Pero tiene mucho frío, tanto, que con su rosada blancura semeja el cuerpo desnudo de un niño metido en una cuna de escarcha.

Al ver que yo la contemplaba con admiración, me dijo:

—Caballero, no hay suerte peor que la mía, porque no puedo terminar mi vida como las demás flores: el invierno queriendo marchitarme, me hiela, y siento mil espinas frías que, como acerbas puntas de hielo, penetran en mis delicados pétalos; si vuestro corazón no es duro, cual el granito de la montaña, tened piedad de mí, yo os lo ruego; haced que tenga cerca de mí un poco de calor; todo lo que me resta de perfume lo daría por un rayo del sol de estío.

Quedé profundamente conmovido al escuchar estas palabras de la rosa, pero ¿cómo ayudarla? Rogar á las nubes que se abriesen para dar paso al calor del sol, de nada me hubiera servido. Pensé ir al bosque y con algunas ramas secas encender una hoguera alrededor de la rosa; pero el viento del septentrion hubiese extinguido la llama y dispersado las brasas. ¿Qué hacer? ¿Dejaría sufrir sin tregua por todo el largo invierno á la linda suplicante?

Afortunadamente, tuve un buen pensamiento; corrí á casa de mi adorada, la de los cabellos de oro, y le conté lo ocurrido. No dudó un solo instante, vistiose de prisa y llegamos rápidamente al sitio donde la flor moría de frío.

Inclinóse mi amiga sobre el tallo y soltó uno de sus rizos, de tal modo que cubriera todas las hojas.

¡Oh!-exclamó la rosita de la llanura-que dulce es el calor del sol!

CATULLE MENDÉS.

DOS RELOJES.

Tic-tac resuena en la esfera,
tic-tac, dentro el corazón,
y van con marcha ligera,
el reloj que al tiempo espera,
y el reloj de la razón.

Siguen, tras golpear violento,
igual camino sin calma,
y eterno movimiento,
uno, inquieta el pensamiento,
el otro devora el alma.

El hombre por rara suerte,
al ver su razón perdida,
buscó con empeño fuerte,
un reloj..... para la muerte,
y un reloj..... para la vida.

El pensamiento aletea
yendo tras ellos en pos.....
porque amalgaman la idea,
uno..... con su ciencia atea

otro..... con ciencia de Dios.

Que tras su marcha certera
sin perder siniestra calma
marca, con su mano austera
uno..... el hueco de una esfera
otro..... el espacio del alma.

¿Quién su curso les detiene?
¿Quién sus arcanos traspassa?
¡Callad! La mente conviene
en un misterio, que viene
y en una verdad, que pasa.

Doble efecto de espejismo
visto entre densos cristales.
Si van á un impulso mismo;
Si los dos van á un abismo,
¿Por qué no marchan iguales?

El reloj surca el acaso,
dándole forma y medida,
y ya en su continuo paso,
llevándonos al acaso,
y arrancándonos la vida.

El corazón..... la existencia
lleva al través de impresiones
y con fatal pertinencia,
nos lega..... triste experiencia,
y nos desprende ilusiones.

Tic-tac resuena en la esfera
con sonar desesperante,
y al ver su marcha ligera,
grita el corazón..... ¡Espera!
Y el reloj dice..... ¡Adelante!

Y tras de largo luchar
cae al fin, uno postrado.
El de Dios, llega á cesar,
y eternamente á girar
queda el otro condenado.

JOSÉ CAMALLONGA.

(Fray Tabarra).

EN UN ALBUM.

(Viendo el retrato de María.....)

¿Qué eres tú, bayadera ó sultana,
Carne, mármol, marfil, porcelana,
Juglaresa, ó vestal del Japón?

¿O eres solo fantástica hechura,
De un poeta soñada escultura,
Como aquella que amó Pigmalión?

Pero á flor de la tez de azucenas,
Entre el dédalo azul de las venas
Sangre viva se siente bullir.

Tiembla el labio y el seno se agita...
Galatea!—Despierta y palpita!
¡Ah! Feliz quien te enseñe á sufrir!...

RICARDO DEL MONTE.

Habana, 15 de Setiembre de 1890.

LA ENCINA Y LA CAÑA.

(DE LA FONTAINE.)

Dijo la robusta encina
á la tierna y débil caña:
Contigo el hado se ensaña,
es tu estrella bien mezquina.

Soportas un reyezuelo
como carga muy pesada:
la brisa más moderada
te obliga á besar el suelo.

En tanto que mi follaje,
al Cáucaso semejante
detiene del sol brillante
el luminoso oleaje.

Y aun es mayor mi osadía:
si la tempestad estalla,
impávida su batalla
mi majestad desafía.

Todo, todo es para ti
horripilante aguilon;
y los huracanes son
dulces auras para mí.

Si al menos tuvieras vida
donde yo lo cubro todo,
no sufrieras de ese modo,
por mi sombra protegida.

La naturaleza angusta
que todas las plantas cría,
hacia ti, querida mía,
me parece bien injusta.—

El arbusto con agrado
respondióle:—Tu temor
prueba una alma superior;
mas desecha tal cuidado.

El viento es menos temible
para mí, que sufro más:
yo no me rompo jamás
porque me inclino flexible.

Hasta ahora has resistido
de los vientos la fiereza,
sin inclinar tu cabeza
ni ante el más embravecido.

Hallas mi destino ruín;
y yo tu suerte espantosa.
Ahora te encuentras dichosa;
pero aguardemos al fin.—

El cuerdo razonamiento
aun no había terminado,
cuando llega ahuracanado
del setentrion el aliento.

Resiste el árbol potente;
la débil planta se abate:
redobla el viento su embate
cual gigante omnipotente.

Y el que el follaje atrevido
á los cielos elevaba,
y cuya planta tocaba
al imperio del olvido:

en un instante fatal,
de raíz arrebatado,
en las alas fué llevado
del furioso temporal.

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ

Pto. Principe, Setiembre 1871.

TIP. NACIONAL.